Los nuevos rumbos de la literatura en Francia.

El romanticismo, que tuvo por predecesores á Dante, á Shakespeare y á Lope de Vega, y que alcanzó en Francia con Hugo su escalón más alto, sólo fué «un liberalismo aplicado á las cosas de la literatura». Hegel, en su *Estética*, lo define: «el alma que encuentra en ella misma lo que antes buscaba en el mundo sensible». El movimiento se inició en Alemania y en Inglaterra con Goethe y con Byron; pero Chateaubriand le dió atmósfera, el prefacio de *Cromwell* lo impuso, y esa revolución de fondo y de forma que se apoderó de todas las manifestaciones del espíritu, fué el verbo de una nación hasta que un capricho de la moda le usurpó su poderío.

Tras el romanticismo vino una nueva resurrección de la cultura clásica, porque parece que la historia artística, como la historia política de los pueblos, es un continuo flujo y reflujo de dos grandes tendencias primordiales que se suplantan periódicamente . . . Modernizados y compuestos bajo el nombre de *Parnasianos*, reaparecieron los antiguos escritores glaciales y escrupulosos. A la indiferencia ante la vida le llamaron «la noble serenidad del arte». Volvió á reinar la forma, volvió á agonizar el fondo. Y la literatura se convirtió de nuevo en un rompecabezas de retórica.

Esa vuelta ofensiva del espíritu retrógado, que tuvo un reinado fugaz, preparó el advenimiento de una escuela de desequilibrio, llena de contradicciones y de rayos, que personificó Beaudelaire, el Beaudelaire teatral que hizo la apología del vicio, que glorificó en 1840 al gendarme que azotaba á los insurrectos, y que, á pesar de sus imprecaciones ruidosas y una *pose* de hombre libre, estaba tan adherido al pasado. La blasfemia, según la frase clásica, sólo es una plegaria invertida. Y el autor de *Fleurs du mal*, fué uno de esos hombres indecisos y atormentados que, como Huysmans, pasan del satanismo al misticismo, sienten á ratos un inexplicable placer en profanar lo que en el fondo adoran, y acaban siempre, tras largos y tortuosos vagabundajes morales, por refugiarse en un profundo fanatismo religioso, que está hecho en sus tres cuartas partes de miedo.

Sea lo que fuere, los *Simbolistas* y los *Decadentes* hicieron triunfar en un momento dado sus concepciones. Se puso de moda el desequili-

brio. Los que no se afeitaban las cejas como el noble predecesor, fingían vicios ridículos, se acantonaban en detalles, ó se libraban á graves investigaciones sobre el color de las letras. Hasta que la avalancha pasó . . . dejando, como todo, un surco de cosas buenas y de cosas malas. Entre las buenas, una libertad de lenguaje de que todos nos felicitamos hoy. Entre las malas, la sospecha de lo que puede ser un manicomio.

Después de la desaparición de esas *chapelles*, vino una época de desorientación, de anarquía intelectual, en que cada escritor obró á su antojo, y en que todos evitaron las afirmaciones decisivas, hasta que se reanudó paulatinamente la vida, se despertó de nuevo el espíritu de lucha, se encendió otra vez la iniciativa ambiciosa y nacieron nuevas corrientes y fuerzas jóvenes. Pero la orientación había cambiado. A lo artificial había sucedido lo natural. Los artistas no se empeñaban ya en hacer lo que no se había hecho todavía, sino en buscar lo que se debía hacer. Cada cual se encerró dentro de sí mismo y se preguntó hacia qué punto del horizonte debía poner la proa. Ya resultaba infantil eso de *épater le bourgeois*. El burgués había visto tanto, que no le quedaban asombros. Quien volviese á afirmar, como Beaudelaire, que se alimentaba con sesos de niño, corría riesgo de pasar por *rascur*. Además, todas esas enormidades inútiles han acabado por provocar legítimos movimientos de repulsión. El Marqués de Sade *(le divin marquis)*, nos resulta hoy un simple malhechor extraviado en las bibliotecas.

De ahí que los escritores hayan comprendido la necesidad de ensayar rumbos nuevos.

«Nuevos», en cuanto pueden ser nuevas las cosas en la vida . . . Pero hagamos un rápido esbozo de las nuevas tendencias de la literatura en Francia.

*
* *

Naturismo, humanismo, arte social, etc., todo ello emana de una misma sinceridad emotiva, de un mismo intento generoso, de una misma reconciliación con la naturaleza. Sólo hay entre los diferentes grupos una diferencia de palabras. Coinciden en un deseo de vivir con la época, de traducir las palpitaciones de la vida, de favorecer la emancipación y la felicidad de todos. Son esencialmente humanos. No afectan ante los hechos esa indiferencia ilógica de la precedente escuela, cuyos fieles se aislaban en torres de marfil, para evocar siglos muertos. No las echan de sobre-hombres, ni miran á la humanidad con desdén, desde la torre de cartón de su orgullo. Se resignan á ser nuestros contemporáneos, á remover nuestro propio vivir, á hablarnos de lo que nos interesa, á borbollar con nosotros. Y en esa modesta actitud traen su mejor mérito, porque al dejar de ser *literatos* para ser hombres, no posponen la humanidad á su orgullo.

«El arte sin la vida—decía recientemente Fernand Gregh, hablando de *Pelléas et Mélisande*—no es más que una forma vana. El arte no es

nada en sí; sólo existe por la realidad que expresa. Y ¿qué realidad conocemos fuera de nosotros mismos? El arte sigue siendo, según la vieja y profunda frase, *homo additus naturæ*. Las obras en apariencia, unas objetivas, las mismas obras plásticas, están *llenas de humanidad*. Todas las grandes épocas del arte (el siglo de Pericles, el siglo de Augusto, el renacimiento italiano, la pléyade, el siglo de Luis XIV, el romanticismo), son aquellas que han hecho la síntesis de la belleza y de la vida; aquellas en que el artista, al mismo tiempo que artista, ha sido hombre. Músicos, poetas, dramaturgos, novelistas, pintores, escultores, cada cual con sus medios de expresión particulares, debemos todos hacer hoy, á nuestra vez, la síntesis de la vida y de la belleza. Debemos bajar al fondo de nosotros mismos y tratar de encontrar allí el resumen del mundo para expresarlo después, en una forma hermosa, que será universal y eterna, porque será humana.»

Si hay, como afirma Remy de Gourmont en *Le probleme du Style*, «una forma general de sensibilidad que se impone á todos los hombres de una misma época», esa es la forma general de hoy, en cuanto se refiere á la literatura.

El movimiento tiende:

1.° *Hacia la democracia.*

Cada individuo empuja *personalmente* hacia ese fin. Unos se alistan en los partidos avanzados, otros obran al margen, sin admitir clasificación; pero todos combaten el atavismo guerrero, la tiranía del capital y el poder religioso. No se limitan á vanas declamaciones y entran de lleno en la batalla; escriben en periódicos de lucha, dan conferencias en las Universidades populares y se mezclan al pueblo, que después retratan y enaltecen en sus obras. En las grandes agitaciones (lo hemos visto en el asunto Dreyfus), ocupan resueltamente su puesto de combate. Y son, al propio tiempo que buenos artistas, excelentes ciudadanos.

2.° *Hacia la naturaleza.*

(E' arte artificial y enfermizo que dominó en Francia desde 1880, había pervertido el gusto del público, habituándole á preferir las plantas de invernáculo á las que se estiran al sol, sin más techumbre que el cielo. Reaccionando contra ese error, los nuevos escritores nos hablan del mar, de las montañas, de los vastos horizontes, y nos hacen sentir su inmensidad y su belleza. Nos ponen en contacto con el universo. Hacen palpitar la naturaleza ante nuestros ojos. Y al mostrarnos la ebullición de lo que vive y perdura, nos devuelven á la humildad, á la conciencia de nuestra pequeñez.)

3.° *Hacia la sinceridad.*

(Es casi una consecuencia de las dos tendencias anteriores. El artista, desdeñando necias vanidades y orgullos pequeños, se decide á mostrarse tal y como es. No quiere seguir engañando al público con falsas perspectivas de alma. No estudia ante el espejo las actitudes que trata de inmortalizar después.

Se libra á la ingenuidad del sentimiento, entra en la sana y vivi-

ficante acción, y es un huésped sincero en la mesa redonda de la humanidad).

De suerte que este último empuje de la savia nueva trae muchas ventajas sobre las doctrinas anteriores. Podrán discutir algunos su orientación política, condenar sus tendencias filosóficas, hacer salvedades sobre su radicalismo; pero todos convendrán en que vale más una juventud apasionada por utopias generosas (admitiendo que sean utopias), que una juventud incrédula, llena de llagas y sordideces, como fué la que reinó hasta hace poco en la literatura francesa.

Las raíces de la nueva mentalidad arrancan del siglo XVIII. Los enciclopedistas han sido, á la distancia, los padres de esta floración reciente.

Demás está decir que el espíritu de Diderot y D'Alembert ha sufrido las modificaciones que el tiempo exige. De las antiguas generalidades doctrinarias, ha pasado el hombre á la aplicación precisa de la verdad sobre los hechos. Conquistada la libertad filosófica, dirige su esfuerzo á conquistar la libertad material. Lucha por hacer palpable la doctrina. Y es claro que la fórmula del siglo XVIII ha tenido que sufrir, de acuerdo con la época, las modificaciones que hemos sufrido nosotros mismos.

Aparte de los enciclopedistas, que son como los abuelos de nuestro siglo, el movimiento tiene por predecesores á Hugo, Blanqui, Comte, Barbés, y entre los recientes, á Marx, Bakounine, Zola y Tolstoi. De suerte que, lejos de ser una cosa nueva, parece ser un complemento y una resultante de lo que ya ha triunfado.

Los modernos teóricos de la democracia, como Kautsky, Jaurés, Bernstein, Ferri, etc., han sido los precursores políticos de la nueva escuela literaria, del mismo modo que Nietzsche ha sido la sanción filosófica del decadentismo y el simbolismo. La literatura, que al fin no es más que una forma de exteriorizar el alma del siglo, tiende á confundirse más y más con la vida cívica. Si el arte consiste en traducir y encarnar en personajes el pensamiento contemporáneo, claro está que habiendo sido heróico en Grecia y místico en el siglo XV, tiene que ser hoy democrático. Y á medida que más unificamos y centralizamos las tendencias de nuestro espíritu, de más en más se confunden á nuestros ojos los horizontes del arte con los de la política. Admitiendo que pueda llamarse «política» á sentimientos humanitarios que son como una resurrección práctica de antiguas creencias. Además de esos precursores en las ideas, tiene el movimiento actual otros precursores artísticos: Flaubert, Balzac y Verlaine, que aunque considerado por algunos como decadente, es un ingenuo cantor de su alma y de la naturaleza. Para distinguirle de Mallarmé, basta recordar aquellos versos suaves y melancólicos que comienzan:

Il pleure dans mon cœur
Comme il pleut sur la ville...

Quelle est cette langueur
Qui pénètre mon cœur?...

Tales son las fuentes de que ha nacido la nueva generación que comienza á imponer en Francia sus ideas. Muchos partidarios de la antigua manera de ver, han abandonado las viejas posiciones para evolucionar de acuerdo con la corriente. Gustave Kahn, Laurent Tailhade, Adolphe Retté y Paul Adam, se escaparon hace ya mucho tiempo de la prisión simbolista. Hoy les siguen otros. Y el movimiento parece destinado á acentuarse progresivamente hasta el triunfo.

*
* *

La nueva juventud trae escritores de verdadero valer. Citemos algunos nombres:

Ante todos, Saint Georges de Bouhélier, fundador de la *Revue Naturiste*, autor de *L'hiver en méditation*, *La tragédie du nouveau Christ*, *Histoire de Lucie, fille perdue et criminelle*, *Chants de la vie ardente*, etcétera. Es sin discusión uno de los escritores de lenguaje más fácil y de pensamiento más alto que existen hoy en Francia. Tiene una sensibilidad delicada y un espíritu generoso. Ha publicado diez volúmenes. Es redactor de *Le Figaro*. Y goza entre la juventud de una autoridad merecida.

Fernand Gregh, que escribe también en el *Figaro* y es autor de *La fenêtre ouverte*, de *La Beauté de Vivre* y de otras obras notables. Como todos los escritores de este grupo, une una gran delicadeza de alma á un temperamento de luchador. Es uno de los más activos propagandistas de las Universidades populares.

Luis Lumet, autor de *Le Chaos* y crítico literario de *La Petite République*, que deja á menudo su pluma de literato para escribir párrafos sueltos sobre asuntos de política palpitante, al lado de Luis Maurice, Albert Surier y otros buenos prosistas.

Eugène Montfort, autor de *Sylvie ou les émois passionnés*, que escribe en las revistas notables artículos en defensa de las doctrinas nuevas; Maurice Leblond, autor de *Essais sur le naturisme*, y fundador del Colegio de Etética Moderna, uno de los críticos más altos de su generación; Marc Lafargue, autor de *Le jardin d'où l'on voit la vie*, espíritu preocupado por los problemas del siglo; Paul Fort, autor de las célebres y melancólicas baladas, soñador enternecido por la miseria que le rodea; Maurice Magre, poeta de gran vigor, que glorifica las artes del obrero en estrofas inspiradísimas; Charles Luis Philippe, cuyo nombre se hizo popular á raiz de la publicación de su curiosa novela *Bubu de Montparnasse*, y Louis Lamarque, que en *Un an de Caserne*, escribió el proceso del militarismo y de la vida interior de los conventos rojos.

Podríamos continuar la enumeración; pero nada adelantaríamos con ello. La fisonomía de un grupo no la da la característica que separa á cada escritor de los demás, sino las analogías que les unen.

Si todos ellos no coinciden exactamente en una concepción determi-

nada, si no forman, por así decirlo, *escuela*, representan una gran tendencia general y armónica, les separan diferencias de detalle. En lo fundamental están completamente de acuerdo.

*
* *

Ninguna de las obras que ha producido hasta ahora este grupo puede ser considerada como definitiva. Verdad es que casi todos los que lo forman son muy jóvenes. Están en la primera época de orientación y de ensayo. Así y todo, pueden presentar tres libros de verdadera importancia: *Bubu de Montparnasse*, *La tragédie du nouveau Christ* y *Le Chaos*. El primero es de Charles Luis Philippe, el segundo de Saint Georges de Bohélier y el tercero de Luis Lumet. Son tres novelas que afirman personalidad, dominio de idioma y sobre todo un soplo altruista tan puro y tan fresco, que parece que cada página tiene un perfume de flor silvestre ó de fruta en sazón.

A los demás volúmenes les falta para ser populares esa soltura de expresión, ese *sans-géne* literario que sólo adquiere el escritor tras largas luchas, cuando comprende que su personalidad se impone y que su nombre comienza á alzarse ante el público como una torre luminosa. Porque ocurre con los que escriben lo mismo que con los que frecuentan los saraos y las recepciones aristocráticas. Durante los primeros tiempos se sienten cohibidos por la aparente solemnidad del lugar en que entran, pero al fin acaban por posesionarse en su papel y dominar el medio. Mientras el escritor se siente aislado y desconocido, su estilo tiene no sé qué amaneramiento particular que nace de la misma timidez con que escribe; cuando se sale sostenido por una parte de la opinión ó apoyado por un comienzo de celebridad, sus frases cobran un desenfado y una familiaridad de buen tono que impone respeto á los más hostiles. Y ese estiramiento en el estilo es el que perjudica generalmente á todos los jóvenes. Algunos de los de este grupo han tropezado en él. El éxito los emancipará mañana.

Pero fuera de la falanje de jóvenes que ha levantado como bandera las doctrinas que más arriba hemos expuesto, existen en la generación anterior muchos escritores que han aplicado y hecho triunfar el mismo programa individualmente.

Esa tendencia social del arte está representada actualmente en Francia con singular brillo por escritores de la talla de Octave Mirbeau, Paul Adam, Lucien Descaves (J.), H. Rosny, Paul y Víctor Margueritte, Paul Reboux, etc. Bastaría citar el *Journal d'une femme de Chambre*, *La Charpente* y *Josette*, para apoyar esta afirmación, sin contar con el gran Zola, que fué el apóstol más decidido de la nueva manera de ver. El mismo Anatole France, á pesar de su escepticismo elegante, ha hecho obra social en *L'orme du Mail* y *Le manequin d'osier*, así como en su actuación política, que como se sabe no careció de importancia durante el asunto Dreyfus. De suerte que no arriesgábamos una paradoja al afirmar que el grupo juvenil que hoy ocupa la atención del mundo literario

en Francia, es la confirmación de una tendencia que ya había hecho sentir su hegemonía victoriosa.

El proceso que tuvo hace algunos años tan extraordinaria resonancia política y social, delimitó los partidos y dió bases nuevas para que se agruparan los hombres. A consecuencia de él cobró energía el arte social. A raiz de él se hizo en la literatura una demarcación clara. Los simbolistas, los decadentes y los autoritarios, se opusieron á la revisión; los partidarios del arte social, la reclamaron. En esas dos actitudes está el mejor retrato de las dos escuelas. Charles Maurrás escribía lo siguiente, para tratar de establecer que la injusticia social es necesaria: «El mundo sería menos bueno si contuviera menor número de hostias ignoradas que se sacrifican á su perfección. Hostia ó no, cada uno de nosotros, cuando es juicioso y comprende que nada existe fuera del orden común, se regocija de la forma que le atribuyó la suerte, sea cual fuere, y no compadece más que á los desgraciados turbulentos, cuya voluntad no tiene forma y cuyo destino les lleva á una caída infinita.» En cambio Anatole France declaraba que «de una sociedad más equitable y más feliz que la nuestra, saldrá un arte más amable y más hermoso . . .» Son dos concepciones que sería imposible conciliar. La juventud francesa se ha decidido por la última. Y de esa elección han resultado los nuevos grupos que bajo el nombre de *naturistas*, *humanistas* ó partidarios del arte social, están empezando á imponer sus concepciones en este principio de siglo.

*
* *

Sería curioso saber hasta qué punto son las nuevas escuelas una continuación del naturalismo y precisar la influencia de Zola en este movimiento. Desde luego, no es el naturalismo tal y como lo concibió el cenáculo de Médan. La idea ha sufrido modificaciones que la atenúan y la hacen más conciliable con los prejuicios corrientes. Pero esta investigación nos llevaría á definir el naturalismo, á hablar del desnudo en el arte, y á agitar mil cuestiones que alargarían desproporcionadamente esta simple nota informativa.

Con lo dicho basta para dar una idea de la nueva orientación literaria que empieza á tomar la juventud francesa. No se trata de un simple capricho de la moda, ni de uno de esos movimientos efímeros que provoca un escritor para improvisarse jefe de grupo y deslumbrar á los curiosos, sino de una gran corriente preparada por los acontecimientos y destinada á cambiar la fisonomía artística del país. Hasta los más fervientes sostenedores del decadentismo y el simbolismo han sufrido la influencia de los ideales nuevos. Jean Moréas ha dado á las prensas un tomo de *Stances*, de una pureza de expresión y una claridad de pensamiento que contrastan con las antiguas exageraciones; Henri de Regnier está publicando en el *Journal* una simple novela . . . Todo tiende á volver, después de una excursión más ó menos larga por países hermosos, á su cauce sano y normal.

Por eso es que cuando Ramiro de Maeztu, en un artículo que me dedicó en *El Imparcial*, de Madrid, afirmaba (con un desconocimiento de las cosas de América que la distancia justifica), que allá todo es hoy por hoy imitación de los decadentes y simbolistas franceses, decía una inexactitud palpable. El simbolismo y el decadentismo murieron hace ya algunos años. No es posible imitar una cosa que no existe. Si quedan algunos rezagados que repiten fórmulas anticuadas, su voz se pierde en el vacío. La juventud de América ha entrado también en la corriente, que nos devolverá un arte de sentimientos y de ideas, un arte noble y generoso, capaz de alzar y regenerar la prole.

La naturalidad, la sinceridad, la sencillez, empiezan á reinar de nuevo en la literatura francesa. No diremos que volvemos á una época en que será posible escribir novelas como las de Bernardin de Saint Pierre; pero sí que nos alejamos de esos años tormentosos y envenenados en que la literatura fué una escuela de desmoralización. Willy, con sus *Claudines*, ha sido la última palpitación de un arte subalterno que muere. El público está cansado de que le sirvan eternamente la misma tontería disfrazada de perversidad. El naturalismo de Zola es sano y vigoroso, porque es retrato fiel de lo que existe; pero no así el de esos pobres cocineros de lujuria que se torturaban el cerebro para inventar nuevas pornografías. De suerte que el movimiento actual es en este sentido una medida de higiene.

En sentido más vasto, en conjunto, es un triunfo de la razón sobre la imaginación, de lo positivo sobre lo probable. Los escritores abandonan el reino peligroso de la quimera para volver á entrar en lo humano y someterse á la vida. Y no por eso resultarán menos altas y menos grandiosas sus concepciones, porque en lo que perciben nuestros sentidos están los gérmenes de la vida toda y hasta nuestro mundo interior es un reflejo de la naturaleza.

MANUEL UGARTE.

París, Marzo de 1903